

Introducción

Hace unas semanas escribí un artículo que salió publicado en algunos medios de comunicación. Su motivación partió del eco que me produjeron los pronunciamientos y gestos del Papa Francisco en la Jornada Mundial de la Juventud (JMJ) de Río de Janeiro.

Ahora se me ha pedido el mismo asunto, ampliando un poco más lo que ya dije en ese escrito. Voy a intentarlo, pero advierto de entrada que lo hago partiendo de esas reflexiones ya publicadas. Me he animado a escribir estas páginas, con la intención y el deseo de colaborar activamente, de forma responsable, en el proyecto de renovación que el Papa Francisco está indicando e impulsando para toda la Iglesia, y no sólo para la Curia romana.

Un milagroso vendaval

I.

¿Una Iglesia “acartonada” o una iglesia renovada?

La alternativa es clara. Son dos realidades bien diferentes y dos proyectos, dos actitudes, dos resultados. No es lo mismo tomar partido por un pasado estático, que apostar por un futuro lleno de vida, aunque arriesgado. Todos nosotros tenemos la palabra. Podemos elegir entre las dos opciones. El Papa Francisco ya nos ha mostrado cuál es su elección. Desde el momento en que fue elegido obispo de Roma, el día 13 de Marzo del año en curso, no ha dejado de sorprendernos con hechos y palabras que, en línea de humildad, pobreza y transparencia, apuestan claramente por una renovación a fondo de toda la Iglesia; y todo ello, en la línea de seguir más de cerca a Jesucristo, el “autor y perfeccionador de la fe” (Heb 12, 2), y el único y definitivo Maestro (Mt 23,8).

Nos sorprendió al elegir el nombre de Francisco, y su modo de presentarse en público poniendo a toda la plaza de San Pedro en oración; nos sigue sorprendiendo con su exquisita sencillez en su forma de vivir, y con mil gestos, bien conocidos por todos. Más aún, a lo largo de este medio año de servicio como obispo de Roma, ha seguido

sorprendiéndonos con cada uno de sus pasos, y confirmando en la fe a todos sus hermanos.

El peligro está en acostumbrarnos a sus admirables detalles, -totalmente naturales y espontáneos para él- y no saber leer el significado y el hondo calado de los mismos. Otro peligro no menor, que nos amenaza gravemente, consiste en cruzarnos de brazos, esperando pasivamente a que el Papa prodigue gestos, tome iniciativas y adopte decisiones, mientras nosotros dejamos que él se arriesgue sin que seamos capaces de dar ni un solo paso.

En la isla de Lampedusa, al denunciar lo que él llamó “la globalización de la indiferencia”, dejó marcada una innovadora hoja de ruta, no sólo para la Iglesia sino para la humanidad entera. Allí nos dijo que es necesario y urgente volver los ojos y el corazón hacia los más desfavorecidos, aunque hayan sido ya clasificados como “descartables” por el sistema económico vigente.

Y en el encuentro con los jóvenes argentinos en la Catedral de Río de Janeiro, fue mucho más lejos y no dudó en hacer el siguiente diagnóstico: “Miren, yo pienso que en este momento esta civilización mundial se pasó de ‘rosca’; se pasó de ‘rosca’, porque es tal el culto que ha hecho al dios dinero, que estamos presenciando una filosofía y una praxis de exclusión de los dos polos de la vida que son las promesas de los pueblos. Exclusión de los ancianos, por supuesto, porque uno podría pensar que podría haber una especie de eutanasia escondida, es decir, no se cuida a los ancianos; pero también está presente una eutanasia cultural. No se les deja hablar, no se les deja actuar. Exclusión de los jóvenes; el

porcentaje que hay de jóvenes sin trabajo y sin empleo es muy alto; y es una generación que no tiene la experiencia de la dignidad ganada por el trabajo; o sea, esta civilización nos ha llevado a excluir dos puntas que son el futuro nuestro”.

Para quien no esté ciego, y quiera realmente ver, resulta evidente que el Papa analiza la realidad con perspectivas que van más allá de los muros de la Iglesia; él piensa en clave de la entera familia humana, aunque las iniciativas que proponga sean concretas y locales, moviéndose en el ámbito de la fe.

El Papa nos ha sorprendido con gestos imprevisibles tanto en el viaje a Río de Janeiro como durante la celebración de la JMJ: portar su propio maletín con sus enseres de aseo y algún libro preferido, esperar en la fila para subir al avión, convivir con los periodistas sin mayor protocolo, no usar el papa-móvil en los desplazamientos por la ciudad de Río... Un taxista traducía este último dato diciendo: el Papa Francisco llega a Río “a pecho descubierto”. Bien, podríamos seguir hilvanando gestos y anécdotas sin cuento; pero mi intención a través de estas reflexiones es otra. Yo quisiera ayudar a descubrir el significado profundo de este viaje, y contribuir a que todos sin excepción sintamos que el Papa Francisco ha puesto ya en marcha un nuevo modo de entender y vivir la pertenencia a la Iglesia. A mi modo de ver, el Papa nos ha dejado en Río unas claves excepcionales para una profunda renovación de toda la Iglesia.

Un modo peculiar de defenderse y de justificar la inercia y la falta de iniciativa renovadora que padecemos, - hay que suponer que se hace de buena fe -,

consiste en querer defender que las grandes reformas ya fueron realizadas por el Concilio Vaticano II, y que ahora sólo es cuestión de algunos retoques. Eso no es cierto. El Vaticano II nos ha ofrecido el marco doctrinal, eclesial, pastoral y humano para una renovación de la Iglesia. Pero, las grandes reformas están por venir. Los buenos historiadores y estudiosos del Concilio, reconocen abiertamente que muchas de las consecuencias elementales, que deberían deducirse de los documentos aprobados en aquella ocasión tan solemne, todavía no se han producido, a causa de las resistencias que ha habido. Es decir, falta mucho trecho para poder hablar de la plena aplicación del Concilio.

Tal diagnóstico no es ajeno al pensamiento del Papa Francisco. En la homilía del 16 de julio, en Santa Marta, dijo textualmente: "El Concilio fue una bella obra del Espíritu Santo. Piensen en el Papa Juan: parecía un párroco bueno y él fue obediente al Espíritu Santo e hizo aquello. Pero después de 50 años, ¿hemos hecho todo lo que nos dijo el Espíritu Santo en el Concilio? ¿En esa continuidad del crecimiento de la Iglesia que fue el Concilio? No. Porque no queremos cambiar. Más aún, hay voces que quieren retroceder. Esto se llama ser testarudos, esto se llama querer domesticar al Espíritu Santo, esto se llama volverse tontos y lentos de corazón."

Puede haber gente que quiera escabullirse de los reclamos y exigencias que el momento presente nos está planteando a todos. Por ejemplo, obispos y sacerdotes podemos auto-justificarnos pensando que se necesita la reforma de la Curia; pero sin admitir que todos y cada uno de nosotros necesitamos también cuestionarnos profundamente,

modificando criterios, actitudes y comportamientos concretos. Otros, admitiendo la importancia de la conversión personal, tal vez no ven o no quieren ver la trascendencia de la conversión pastoral; no son capaces de abrir espacios para estudiar seriamente la actual situación, porque se niegan por principio a plantear cualquier cambio en las estructuras o instituciones de la Iglesia; por ejemplo, estudiar a fondo lo que está ocurriendo en todo el proceso de iniciación en la fe, y ver qué papel están desempeñando los Sacramentos en dicho proceso.

La situación actual está pidiendo a gritos cambios significativos en muchas de las estructuras que están funcionando en la Iglesia. El Papa Francisco ya ha recogido el eco y se ha hecho portavoz de esas aspiraciones. No ha tenido ningún reparo en reconocer la necesidad de cambios, dejando constancia pública de su modo de pensar: "La iglesia siempre se tiene que reformar, sino se queda atrás. Hay cosas que servían para el siglo pasado u otras épocas y ahora no sirven más, entonces hay que reformarlas" (Entrevista de la TV Globo al Papa Francisco-29 de julio de 2013). Es difícil expresar con mayor claridad esa necesidad apremiante de reformas.

No son pocos los que afirman que, sin la renovación de instituciones o estructuras caducas en la Iglesia, no se podrá llevar a cabo la Nueva Evangelización; lo primero es condición indispensable para lo segundo. El día anterior a esas declaraciones a la TV Globo que acabo de reseñar, en el encuentro con el Comité de Coordinación del CELAM, dijo a los obispos: "El "cambio de estructuras" (de caducas a nuevas) no es fruto de un estudio de organización de la planta

funcional eclesiástica, de lo cual resultaría una reorganización estática, sino que es consecuencia de la dinámica de la misión”. Con estas afirmaciones, el Papa Francisco está proclamando la necesidad de cambiar “el chip”; nos está diciendo que en lugar de funcionar a piñón fijo, todos debemos aprender a pedalear con el cambio de marchas. Sería lamentable que los de dentro, los de casa, no cayéramos en la cuenta de este extraordinario “Kairós” o regalo de Dios para la Iglesia, y tuvieran que venir los de fuera a recordarlo. No hace mucho, la edición italiana de la revista internacional Vanity Fair ha decidido nombrar a Francisco “hombre del año-Papa valiente”. También sorprenden las palabras del cantante pop Elton John: “El papa Francisco es para la Iglesia la mejor noticia desde varios siglos hasta hoy. Este hombre,

él sólo, ha conseguido acercar de nuevo las gentes a las enseñanzas de Cristo. Francisco es un milagro de humildad en la era de la vanidad. Está haciendo llegar su mensaje más allá de los ámbitos eclesiales, hasta los más marginados de la sociedad”



II. Una Iglesia centrada

radicalmente en Jesucristo

Creo sinceramente que aquí se encuentra el eje vertebrador de todas las propuestas del Papa Francisco. Con los ojos puestos en Jesús, él se atreve a formular ideas, y a proponer iniciativas, que tienen como referencia básica a Jesucristo y un evangelio lleno de transparencia, puro y duro, sin elucubraciones etéreas. No es posible entender de manera diferente sus primeras manifestaciones en Río. Apenas pisó tierra brasileña, como si tuviera prisa por presentar su programa, dijo: “No tengo oro ni plata, pero traigo conmigo lo más valioso que se me ha dado: Jesucristo. Vengo en su nombre para alimentar la llama de amor fraterno que arde en todo corazón; y deseo que llegue a todos y a cada uno mi saludo: «La paz de Cristo esté con ustedes»”.

El Papa Francisco es consciente de que, en la casa del Vaticano, sí que hay oro y plata. Pero, como Pablo, una vez que conoció a Jesucristo, lo consideró todo como “basura” (Fil. 3,7), él se siente totalmente libre de las ataduras del dinero, y se presenta ante el mundo como San Francisco, personalmente “desnudo” de cosas materiales y con capacidad de cuestionar la “pompa institucional” al estar revestido de la única riqueza, que es Jesucristo.(Ef.1,3).

Desde esta experiencia personal, el Papa Francisco anima a los jóvenes a encontrarse con Jesús, el único que puede satisfacer sus aspiraciones más profundas: "Estos jóvenes provienen de diversos continentes, hablan idiomas diferentes, pertenecen a distintas culturas y, sin embargo,

encuentran en Cristo las respuestas a sus más altas y comunes aspiraciones, y pueden saciar el hambre de una verdad clara y de un genuino amor que los una por encima de cualquier diferencia”.

El Papa Francisco invita a los jóvenes a la más apasionante aventura de esta vida: encontrarse personalmente con Jesús: “Por eso hoy les digo con fuerza: "Pon a Cristo" en tu vida y encontrarás un amigo del que fiarte siempre; "pon a Cristo" y verás crecer las alas de la esperanza para recorrer con alegría el camino del futuro; "pon a Cristo" y tu vida estará llena de su amor, será una vida fecunda”.

La fe en Jesús de la que habla el Papa, es fruto de un encuentro vivo con Él. Por eso es impensable una fe en Cristo “descafeinada”. Vale la pena repasar unas líneas del discurso a los jóvenes argentinos en la Catedral de Río de Janeiro: “La fe en Jesucristo no es broma, es algo muy serio. Es un escándalo que Dios haya venido a hacerse uno de nosotros, es un escándalo; y que haya muerto en la cruz, es un escándalo, el escándalo de la cruz. La cruz sigue siendo escándalo pero es el único camino seguro, el de la cruz, el de Jesús, la encarnación de Jesús. Por favor, ¡no licúen la fe en Jesucristo!, hay licuado de naranja, hay licuado de manzana, hay licuado de banana pero, por favor, ¡no tomen licuado de fe! ¡La fe es entera, no se licúa, es la fe en Jesús!, es la fe en el hijo de Dios hecho hombre que me amó y murió por mí.” Tampoco hay que pensar en una fe meramente circunstancial y para un rato. “El que pone la mano en el arado y mira hacia atrás, no sirve para el Reino”. (Lc. 9,62). El Papa sabe que, en

el momento actual, Cristo necesita más que nunca de los jóvenes y los jóvenes necesitan de Cristo.

En homilías posteriores a JMJ, el Papa Francisco ha insistido en la centralidad de Jesucristo, criticando a los cristianos que se quedan en meras devociones o en un cristianismo sin Resurrección: “Tenemos que vencer la tentación de ser "cristianos sin Jesús" o cristianos que buscan solamente devociones, pero que Jesús no está”.

Y, a propósito de un cristianismo sin Resurrección, nos ha dicho: "Hay tantos cristianos sin Resurrección, cristianos sin Cristo resucitado: acompañan a Jesús hasta la tumba, lloran, le quieren mucho pero hasta ahí. Entre éstos están los llamados “triumfalistas”. Tienen un "complejo de inferioridad" y quieren hacer una resurrección más majestuosa que la verdadera. Cuando nos encontramos con estos cristianos, con tantas actitudes triunfalistas en su vida, en su discurso y en su pastoral, en la Liturgia, es porque en lo más íntimo no creen profundamente en el Resucitado". (Homilía del 10 de septiembre en Santa Marta).

III.

Una Iglesia cercana y acogedora.

Es costoso admitirlo, pero no queda otro remedio que reconocer hasta qué punto hemos ido configurando unos esquemas eclesiales acartonados y rígidos. A veces, hasta el lenguaje que empleamos, muchas veces está contaminado por el virus de la ampulosidad y acompañado de sueños de grandeza que tanto mal hacen, y tan opuestos son a la cercanía propia de Jesús y de su evangelio. La verdad es que todo eso no tiene ni puede tener futuro. Por eso, las generaciones que han crecido en nuevos moldes culturales, y que se han habituado a vivir con esquemas menos complicados, sólo pueden encontrarse a gusto dentro de una Iglesia que, en todas las circunstancias, apueste de nuevo por la cercanía y la acogida.

El Papa es consciente de que muchos jóvenes –también personas mayores- se han alejado de la Iglesia. El Papa Francisco propone “una pastoral de cercanía con todos”. Él es un ejemplo vivo. Sus palabras son cálidas, cercanas, abrazadoras:”Mi mirada se extiende sobre esta gran muchedumbre: ¡Son ustedes tantos! Llegados de todos los continentes. Distantes, a veces no sólo geográficamente, sino también desde el punto de vista existencial, cultural, social, humano. Pero hoy están aquí, o más bien, hoy estamos aquí, juntos, unidos para compartir la fe y la alegría del encuentro con Cristo, de ser sus discípulos”.

La Iglesia que nos presenta el Papa no es una Iglesia fría, de despachos oficiales. La Iglesia debe acoger con afecto

a toda persona que llame a su puerta, sin pedir su carnet de identidad. Todo encuentro con los hombres y mujeres es bueno y positivo porque me da la oportunidad de abrir las puertas del corazón. Los sacerdotes, antes de dar Catequesis o Sacramentos, deberían ser Sacramento de la ternura del Padre.



En la Misa con los Obispos, sacerdotes, seminaristas y religiosas, el Papa les decía: "Estamos llamados a promover la cultura del encuentro". Esta cercanía del Papa Francisco es como "esa lluvia suave que cae poco a poco y empapa la tierra" (Is. 55, 10) Los jóvenes y los que han asistido a la JMJ de Río no se van a acordar de la lluvia y el frío que han tenido que soportar en la Playa de Copacabana, bautizada como "Playa de Dios". Lo que no van a olvidar son las palabras tiernas, delicadas y cariñosas del Papa:

“Es bello estar aquí con ustedes. Ya desde el principio, al programar la visita a Brasil, mi deseo era poder visitar todos los barrios de esta nación. Habría querido llamar a cada puerta, decir «buenos días», pedir un vaso de agua fresca, tomar un «cafezinho», hablar como amigo de casa, escuchar el corazón de cada uno, de los padres, los hijos, los abuelos...”

Esta cercanía la pone también el Papa al hablar a los Obispos del Brasil: “¡Qué bueno y hermoso encontrarme aquí con Ustedes!” Da la impresión de que en este primer saludo, están resonando en el Papa las palabras del salmo 132: “¡Ved qué dulzura, qué delicia convivir los hermanos unidos!” No se trata de una mera afirmación, sino de una admiración.

¡Ved! ... El salmista nos invita a ver, a mirar, a contemplar...¿Qué hay que contemplar? ¿La hermosura de una montaña nevada? ¿El silencio misterioso de una noche estrellada? ¿La belleza de los lirios en primavera?... Todo esto es bello y merece nuestra admiración, pero más que todas estas bellezas naturales destaca la hermosura de unos hermanos unidos. El salmista no se limita a hablar de la fraternidad. La vive, la siente, la experimenta y la saborea. El Papa tampoco habla asépticamente de la fraternidad con los Obispos o de la necesidad de cercanía con los jóvenes. Se siente hermano. Y esto es para él motivo de delicia, de celebración y de fiesta. Y, como se siente “hermano entre hermanos”, habla “de corazón a corazón”.

Más aún, la suave y poderosa exigencia de cercanía le lleva a confesar, en la fiesta de acogida a los jóvenes en Río,

que el Obispo de Roma también necesita que los jóvenes le fortalezcan a él en la fe “Hoy he venido a confirmarles en esta fe, la fe en Cristo vivo que habita en ustedes, pero he venido también para ser confirmado por el entusiasmo de su fe”.

Tendríamos que preguntarnos cuál es la calidad de acogida que cultivamos en nuestras comunidades, en las parroquias y en los grupos cristianos. Este podría y debería ser un tema para la revisión y, tal vez, un campo de conversión.



IV. Una Iglesia joven y alegre.

Si los cristianos vamos por la vida, como dice el Papa Francisco, “con cara de pimientos en vinagre”, es prácticamente imposible transmitir una imagen de “Iglesia joven y alegre”. A veces nos tomamos demasiado en serio, incapaces de sonreír y hasta de reírnos un poco de nosotros mismos. No deja de ser una de tantas enfermedades que nos aquejan.



Con mucho acierto, y fina ironía, describe el Papa este tipo de dolencia cuando contrapone la superficialidad excesiva a la demasiada rigidez. De los que creen que la vida cristiana debe ser tomada tan en serio que terminan por confundir solidez y firmeza, con rigidez, dice él: “¡Son rígidos! Creen que para ser cristiano se necesita estar de luto, siempre”. Viven en una

continua vigilia fúnebre, pero no saben lo que es la alegría cristiana. No saben cómo disfrutar de la vida que Jesús nos da, porque no saben hablar con Jesús. No se afirman sobre Jesús, con la firmeza que da la presencia de Jesús. Y no solo no tienen alegría: no tienen libertad. Son esclavos de la

rigidez, no son libres. En su vida, el Espíritu Santo no tiene cabida. ¡Es el Espíritu quien nos da la libertad!” (cfr. Homilía en Santa Marta, 27 de junio).

El Papa sabe que la Iglesia de Europa es una Iglesia vieja, cansada y, en palabras de Benedicto XVI, “una viña devastada”. La mayoría de los que van a Misa es “gente mayor”. Cuando el Papa Francisco se encuentra con un grupo numeroso de jóvenes cristianos, se enardece, y con palabras cargadas de emoción, exclama: “Veo en ustedes la belleza del rostro joven de Cristo, y mi corazón se llena de alegría”.

El Papa confía en los jóvenes y apuesta por ellos. Y lo hace de esta manera tan expresiva y tan bella, al dirigirse a todos en la ceremonia de bienvenida: “Es común entre ustedes oír decir a los padres: ‘Los hijos son la pupila de nuestros ojos’. ¡Qué hermosa es esta expresión de la sabiduría brasileña, que aplica a los jóvenes la imagen de la pupila de los ojos, la abertura por la que entra la luz en nosotros, regalándonos el milagro de la vista! ¿Qué sería de nosotros si no cuidáramos nuestros ojos? ¿Cómo podríamos avanzar? Mi esperanza es que, en esta semana, cada uno de nosotros se deje interpelar por esta pregunta provocadora. La juventud es el ventanal por el que entra el futuro en el mundo”.

Por otra parte, el Papa Francisco no quiere engañar a los jóvenes. A través de su larga vida pastoral, ha podido observar que la lejanía de Jesús es causa de tristeza, y el encuentro con Jesús es fuente de alegría. “Alejados de él, el vino de la alegría y el vino de la esperanza se agotan. Si nos acercamos a él, si permanecemos con él, lo que parece agua

fría, lo que es dificultad, lo que es pecado, se transforma en vino nuevo de amistad con él”.

Tampoco quiere personas tristes en su Iglesia. A los propios Obispos les decía: "Un Obispo triste...!Qué feo!"... El Papa quiere que esta alegría esté bien cimentada en la roca firme de la Resurrección de Jesús.

En el discurso a los Obispos del Brasil les proponía, como Icono la aparición de Jesús a los discípulos de Emaús. Es un camino de ida y vuelta. El camino de Jerusalén a Emaús es un camino largo, sombrío, cansado, decepcionante. En cambio, el camino de vuelta lo hacen los discípulos corriendo, alegres, entusiasmados, con unas ganas enormes de ir a contar a los que han quedado en Jerusalén lo que a ellos les ha sucedido: su encuentro vivo con Cristo Resucitado.

Dice el Papa Francisco:"en el camino hacia Emaús huyen de Jerusalén porque esta ciudad ya no ofrece nada. Van solos con su propia desilusión. Su religión es una religión del pasado”. Y ciertamente, recitan de memoria, un credo frío, sin vibración alguna:"Jesús Nazareno era un profeta, poderoso en obras y palabras,...los sumos sacerdotes y nuestros jefes lo entregaron para que lo condenaran a muerte, y lo crucificaron....Nosotros esperábamos..." pero ya no esperamos nada” Es ésta la situación angustiosa de muchos católicos que han abandonado la fe.

¿Qué hacer? Lo que hizo Jesús con aquellos discípulos: Hacerse presente, caminar con ellos, dialogar... Y dejar que sea el propio Espíritu Santo el que “abra sus inteligencias” a

la verdad hasta hacerles exclamar: ¿No ardía nuestro corazón mientras Él nos hablaba por el camino? Se pregunta el Papa: ¿Somos aún una Iglesia capaz de inflamar el corazón? ¿Una Iglesia capaz de hacer volver a Jerusalén? ¿De acompañar a casa?



Una Iglesia sencilla y pobre

Al formular esta característica de la Iglesia, espontáneamente surge la conexión entre pobreza y sencillez; y de inmediato caemos en la cuenta de que no casa bien la sencillez con la riqueza, ni con las apariencias de riqueza; y que la pobreza no puede sentirse a gusto con los símbolos de ostentación y con la exaltación de dignidades. Ahora bien, dentro de las instituciones de la Iglesia, queda aún mucho lastre generado por los mecanismos de poder y por los esquemas de grandeza que fueron asumidos y asimilados en siglos pasados. Es un peso que condiciona mucho la vida de la Iglesia en el momento presente. Esos esquemas chocan frontalmente con la sensibilidad moderna.

Ahora bien, aunque resulte ardua y difícil la tarea de ir despojándose de oros y oropeles, no por eso deja de ser objetivo deseable y necesario. Con mucha frecuencia hemos escuchado la famosa afirmación de que la Iglesia es rica y suntuosa. Puede ser que esto no sea siempre verdad, y no se pueda aplicar en todos los lugares y a todas las situaciones. Pero, si es cierto que las apariencias de riqueza y aparatosidad se convierten en un serio obstáculo para la fe de mucha gente; no se acaba de entender cómo las enseñanzas del Evangelio son tan claras en este campo, y la práctica institucional de la Iglesia vaya tantas veces en dirección contraria.

En mi opinión, uno de los motivos fuertes de la atracción que ejerce el Papa Francisco es justamente su

sencillez, junto con su apuesta por la austeridad y la pobreza personal; y, al mismo tiempo, su compromiso indudable, claro y explícito a favor de los pobres. Hoy nadie pone en duda su decisión serena, pero firme, de ponerse del lado de los pobres, para que superen condiciones miserables de vida.



Todos recordamos aquella exclamación espontánea en su primera reunión con los periodistas que habían cubierto el evento de su elección: “¡cómo me gustaría una Iglesia pobre y para los pobres”! A lo largo de estos meses de su ministerio como Obispo de Roma, el Papa Francisco ha ido poniendo acentos y señalando preferencias en el camino de esa meta evangélica: una Iglesia pobre, capaz de renunciar a pompas y vanidades; una Iglesia sencilla, mucho más parecida al retrato que nos ofrecen las páginas del Evangelio.

El día 8 de mayo, en la Asamblea Plenaria de la Unión Internacional de las Superioras Generales (UISG), el Papa se refirió a la pobreza como "superación de cada egoísmo, en la

lógica del Evangelio que enseña a confiar en la Providencia de Dios", y dijo que se aprende "con los humildes, pobres, enfermos y todos aquellos que están en las periferias existenciales de la vida". Y a continuación subrayó que "la pobreza teórica no sirve, la pobreza se aprende tocando la carne de Cristo pobre en los humildes, pobres, enfermos, niños".

En el encuentro que tuvo con seis mil seminaristas, novicios y novicias de todo el mundo, el día 6 de julio, de manera espontánea se expresó así: "En este mundo en que las riquezas hacen tanto daño, los curas y las monjas tenemos que ser coherentes con la pobreza. Cuando vemos que el primer interés de una institución parroquial o educativa es el dinero, esto es una gran incoherencia". Y a continuación, en tono distendido, añadió: "Me duele cuando veo a una monja o un cura con el último modelo de coche. Yo sé que el coche es necesario porque hay que hacer mucho trabajo e ir de aquí a allá, pero es mejor un coche humilde; si os viene la tentación de un buen coche, pensad en los niños que se mueren de hambre".

El viaje a Río y sus intervenciones en la celebración de la JMJ han venido a consagrar las líneas de acción o el programa del Papa Francisco. Muchos analistas consideran que, entre sus pronunciamientos en Río de Janeiro, hay dos especialmente importantes para descubrir cuál es el proyecto de Iglesia que es necesario llevar a cabo: uno, el discurso al Comité de coordinación del CELAM; y el segundo, su discurso a los Obispos de Brasil. Todos deberíamos prestar atención al contenido de esos dos escritos, llevarlos a la oración, reflexionarlos junto con otras personas, y no tener

miedo a sacar propuestas renovadoras para la vida de nuestras iglesias diocesanas y de las comunidades parroquiales. En el encuentro con el comité del CELAM, refiriéndose a la figura de obispo que la Iglesia necesita hoy, no ha vacilado al afirmar que los Obispos son los primeros que tienen necesidad de conversión en este campo concreto de la sencillez y la pobreza. “Los Obispos han de ser Pastores, cercanos a la gente, padres y hermanos, con mucha mansedumbre; pacientes y misericordiosos. Hombres que amen la pobreza, sea la pobreza interior como libertad ante el Señor, sea la pobreza exterior como simplicidad y austeridad de vida. Hombres que no tengan "psicología de príncipes". Hombres que no sean ambiciosos y que sean esposos de una Iglesia sin estar a la expectativa de otra.”

Y a todos los Obispos brasileños, reunidos en Río de Janeiro, el Papa Francisco les dijo: “Otra lección que la Iglesia ha de recordar siempre es que no puede alejarse de la sencillez, de lo contrario olvida el lenguaje del misterio, y se queda fuera, a las puertas del misterio, y, por supuesto, no consigue entrar en aquellos que pretenden de la Iglesia lo que no pueden darse por sí mismos, es decir, Dios. A veces perdemos a quienes no nos entienden porque hemos olvidado la sencillez, importando de fuera también una racionalidad ajena a nuestra gente. Sin la gramática de la simplicidad, la Iglesia se ve privada de las condiciones que hacen posible «pescar» a Dios en las aguas profundas de su misterio.”

Sería ridículo pensar que sólo los Obispos necesitan, según la expresión de Jesús a Nicodemo, “volver a nacer” en estos espacios de la sencillez y la pobreza; la verdad es que esto nos afecta a todos. Necesitamos volver nuestros ojos a la

“hermana pobreza” para poder vivir fraternalmente, dándonos las manos, en una sociedad cada vez más entregada al poder del dinero y de la opulencia. Todos necesitamos aprender de nuevo los caminos de la sencillez si queremos acercarnos a la admirable sabiduría del Evangelio: “Te doy gracias Padre, porque has ocultado estas cosas a los sabios y entendidos y las has revelado a la gente sencilla” (cfr. Mt 11, 25).

Hoy más que nunca la Iglesia necesita una revisión a fondo para descartar hábitos y costumbres que, en el mejor de los casos, son ajenos a la letra y al espíritu del Evangelio. Todos necesitamos interrogarnos con sinceridad sobre el estilo de vida que llevamos, nuestros gastos innecesarios o nuestras ambiciones de poder, dinero y bienestar. La Iglesia será creíble cuando aparezca más claramente sencilla y pobre. Es seguro que la próxima encíclica del Papa Francisco, con el lema anunciado “Bienaventurados los pobres”, nos dará nuevas luces y nos señalará caminos para ir haciendo realidad “una Iglesia pobre y para los pobres.”

VI.

Una Iglesia llena de ternura y misericordia.



Si no fuera por la inmensa ternura y misericordia que él vive, manifiesta y reparte a manos llenas, sería impensable lo que el Papa Francisco está consiguiendo en la Iglesia y en el mundo. La acogida y repercusión que ha tenido su convocatoria para un día de ayuno y oración en favor de la paz en Siria, sólo se entienden desde el trasfondo del Evangelio: “Venid a mí todos los que estáis agobiados y cargados, que yo os aliviare”; y ese trasfondo él lo está personificando. Cuando visualizamos los gestos de ternura que Francisco de Asís derrochó con personas y animales, con

todas las criaturas, entendemos aún mejor que el Papa haya adoptado el nombre de Francisco. Todo un símbolo para tantos y tantos cristianos que tal vez vivimos aún prisioneros de enconos y durezas, alimentando intolerancias y condenas.

Llama poderosamente la atención el hecho de que el Papa, en todos sus discursos de la JMJ, no haya pronunciado condena alguna. Es verdad que en este mundo abundan las sombras del pecado y de la muerte. Pero el Papa ha preferido mirar a Cristo y arrojar una nueva luz sobre tanta oscuridad. En el Via-Crucis de la JMJ, tuvo primero unas palabras reconfortantes sobre la misericordia que nos viene de Dios: “En la Cruz de Cristo está todo el amor de Dios, su inmensa misericordia. Y es un amor del que podemos fiarnos, en el que podemos creer”. Y después una preciosa aclaración sobre las consecuencias de ese amor gratuito y perdonador de Dios, especialmente manifestado en la Cruz de Cristo: “El amor, nos enseña así a mirar siempre al otro con misericordia y amor; pero la Cruz nos invita también a dejarnos contagiar por éste; sobre todo, amor a quien sufre, a quien tiene necesidad de ayuda, a quien espera una palabra, un gesto, y nos invita a salir de nosotros mismos para ir a su encuentro y tenderles la mano.

Muchos rostros han acompañado a Jesús en su camino al Calvario: Pilato, el Cireneo, María, las mujeres... También nosotros podemos ser para los demás como Pilato, que no tiene la valentía de ir contracorriente para salvar la vida de Jesús y se lava las manos. Queridos amigos, la Cruz de Cristo nos enseña a ser como el Cireneo, que ayuda a Jesús a llevar aquel madero pesado, como María y las otras mujeres, que no tienen miedo de acompañar a Jesús hasta el final, con amor,

con ternura. Y tú, ¿a quién te pareces? ¿Eres como Pilato, o como el Cireneo y como María?”

Esta ternura y misericordia no sólo lo ha expresado el Papa con sus palabras sino también con sus gestos: El Papa de los pobres ha estado en el epicentro de la pobreza, en la comunidad de “La Varginha”, situada en la favela de Manginhos, oliendo la miseria, palpando la pobreza. Con el corazón de padre y pastor roto, se ha instalado en las periferias. Aquí donde se mastica la indignidad fruto de la injusticia.

Al Papa Francisco se le ha llamado el “Papa de los abrazos”. Ha abrazado a todos sin discriminación. Pero ha tenido preferencia por los niños, los reclusos, los drogadictos, los enfermos. Lo mismo que Jesús que, amando a todos, tuvo una especial preferencia por los marginados y excluidos. En ocasiones, hemos visto a otros Papas bendecir a las mujeres que iban a dar a luz. “Bendecían la vida”. Pero el Papa Francisco, en un gesto insólito y lleno de exquisita ternura, ha puesto su mano en el vientre de una embarazada. El Papa Francisco no sólo bendice sino que “acaricia la vida”.

Todos, o casi todos, necesitamos una reeducación en la afectividad. Es preciso estudiar nuevamente la asignatura de la delicadeza y de la atención amorosa. El cuidado de los detalles ha de nacer del descubrimiento y contemplación del Señor en las personas con quienes nos cruzamos en las calles de pueblos y ciudades, en los caminos de la vida. Tendríamos que preguntarnos si nos creemos de verdad esa palabra sencilla y exigente de Jesús: “Lo que hacéis a uno de estos, me lo hacéis a mí”. La Iglesia la construyen los constantes,

los que no se rinden, los que no se cansan, aunque sólo hagan las cosas pequeñas de cada día, pero con mucha ilusión y mucho amor.



VII.

Una Iglesia misionera.

¡Cuántas veces hemos repetido que la Iglesia es esencialmente misionera! El grito de Jesús: “Id por todo el mundo y haced discípulos de todos los pueblos” (Mt 28,19) ha seguido resonando en la Iglesia de todos los tiempos. Pero últimamente, en determinados ambientes, nos quedábamos paralizados en la añoranza y los buenos deseos, sin conseguir analizar las implicaciones y consecuencias de ese mandato de Cristo; y sin acertar con los pasos a dar.



El Papa sabe que la Iglesia de Jesús, se ha quedado vieja y necesita una profunda renovación. Es consciente de que la Iglesia “no puede seguir así”: En su discurso a los obispos de Brasil, reunidos en Río con ocasión de la JMJ, y haciendo referencia a los que abandonan la Iglesia porque piensan que ésta ya no puede ofrecerles algo significativo e importante, dijo con gran dosis de humildad y con no poca clarividencia: “Tal vez la Iglesia se ha mostrado demasiado débil, demasiado lejana de sus necesidades, demasiado pobre

para responder a sus inquietudes, demasiado fría para con ellos, demasiado autorreferencial, prisionera de su propio lenguaje rígido; tal vez el mundo parece haber convertido a la Iglesia en una reliquia del pasado, insuficiente para las nuevas cuestiones; quizás la Iglesia tenía respuestas para la infancia del hombre, pero no para su edad adulta.”

Son afirmaciones muy serias; dan qué pensar, y nos ofrecen material suficiente para una revisión a fondo de nuestros criterios y prácticas pastorales. Nos llevan a descubrir mejor el sentido del slogan de Juan Pablo II, cuando proponía una Evangelización que fuera “nueva en su ardor, nueva en sus métodos y nueva en su expresión”. Con el Papa Francisco, estamos vislumbrando contenidos ocultos de esa novedad que ya comienza a enamorar, y resulta apasionante.

“Evangelizar constituye la dicha y la vocación propia de la Iglesia, su identidad profunda. La Iglesia existe para evangelizar” (E.N. 14). Podríamos decir que este es el hilo conductor de todos los discursos y homilías del Papa Francisco. Ha recogido el grito de Pablo, el evangelizador por antonomasia: “!Ay de mí si no evangelizo!”, y lo ha hecho suyo; está haciendo todo lo posible para contagiar a toda la Iglesia con esa bendita obsesión. Lo expresa de mil maneras: “la Iglesia no puede quedarse mirándose el ombligo” y “hay que salir hacia las periferias existenciales”. “No se puede balconear la fe”, sino que se hace necesario “callejear esa fe”, hacerla presente en la vida normal, en todos los ambientes, circunstancias y lugares.

“Hay que hacer lío”. “Hay que ser revolucionarios en el mejor sentido, como lo fue Jesús. Y con el evangelio en la mano, hay que hacer la gran revolución del amor, de la esperanza, de la alegría, del gusto por la vida. Sus últimas palabras, en la homilía de despedida, fueron éstas: "Vayan, sin miedo, para servir".

VAYAN

El Papa Francisco nos ha repetido una y mil veces que tenemos que salir, que la misma Virgen nos empuja a salir. Los cristianos hemos confundido lamentablemente el verbo “venir” con el verbo “ir”. Nosotros decimos: ¡Que vengan!...

Que vengan a Misa porque para eso hemos tocado las campanas.

Que vengan a inscribirse si quieren bautizar a sus hijos.

Que vengan a dar su nombre si desean confirmarse.

Que vengan a la oficina para arreglar los papeles para el Matrimonio.

Y a los que ya no pueden venir porque se han muerto, ¡Que nos los traigan!...

Y la palabra evangélica, repetida hasta la saciedad por el Papa Francisco es “ID”... “Vayan ustedes a la viña”...

“El que ha sentido la alegría de la fe no la puede dejar encerrada en su vida" Hoy más que nunca deben resonar en nuestros oídos las palabras del profeta Isaías: "Ensancha el espacio de tu tienda, despliega tus toldos sin miedo, hinca tus estacas y alarga tus cuerdas; porque te extenderás a derecha e izquierda, tu descendencia heredará naciones y poblará ciudades desiertas" (Is. 54, 2-3)

El Papa nos está invitando a una pastoral más arriesgada, más agresiva, más comprometida. Los grupos cristianos con sabor a "invernadero" tienen poco que decir al mundo de hoy. La fe es una llama, que se hace más viva cuando más se comparte". Y, como decía San Agustín: "El que no arde no puede incendiar”.

“Necesitamos una Iglesia que sepa dialogar con aquellos discípulos que, huyendo de Jerusalén, vagan sin una meta, solos, con su propio desencanto”

SIN MIEDO

Evangelizar en nuestro tiempo, especialmente en Europa, es una misión difícil. El miedo puede ser el compañero de camino. El Papa nos pide que dejemos los miedos:

Como dejó el miedo Moisés ante el Faraón...

Como dejó el miedo Jeremías, ¡que era un niño!

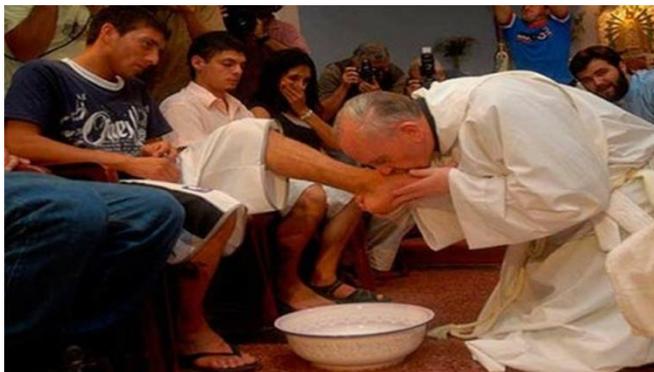
Como dejó el miedo María ante lo que se le venía encima.

Todos quitaron el miedo cuando se convencieron que no iban solos, que “Dios estaba con ellos”. “Yo estoy contigo”. Es la consigna de Dios a todo misionero. Por otra parte, nos dice el Papa Francisco: “Jesús no ha dicho: «Ve», sino «Vayan»: somos enviados juntos. Queridos jóvenes, sientan la compañía de toda la Iglesia”.

PARA SERVIR

Es una bonita palabra. Es la clave para acertar en la vida. Nadie puede ser feliz en el egoísmo, encerrándose en sí mismo. En el Papa Francisco esta palabra se convierte en espléndida realidad. Pero ¿cómo entiende el Papa este servicio? Oigamos sus propias palabras: “Servir significa dar cabida a la persona que llega, con cuidado; significa agacharse hasta quien tiene necesidad y tenderle la mano, sin cálculos, sin miedo, con ternura y comprensión, así como Jesús se inclinó para lavar los pies de los apóstoles. Servir significa trabajar al lado de los más necesitados, estableciendo con ellos en primer lugar relaciones humanas, de cercanía, vínculos de solidaridad. ¡Solidaridad!, esta palabra que da miedo al mundo más desarrollado. Tratan de no decirla. Es casi un insulto para ellos. ¡Pero es nuestra palabra! Servir significa reconocer y acoger las exigencias de

justicia, de esperanza y buscar juntos las vías, los caminos concretos de liberación.”



"Desde este lugar de acogida, de encuentro y de servicio, quisiera que surgiera una pregunta para todos, para todas las personas que viven aquí en la diócesis de Roma: ¿Me inclino sobre quien está en problemas, o tengo miedo de ensuciarme las manos? ¿Estoy encerrado en mí mismo, en mis cosas, o me percató de los que necesitan ayuda? Me sirvo solo a mí mismo, o sé servir a los demás como Cristo, que vino a servir hasta dar su vida? ¿Miro a los ojos de los que buscan la justicia, o dirijo la mirada hacia el otro lado? ¿Acaso para no mirar a los ojos?".

Acabaron felizmente las jornadas de la JMJ. No cabe duda de que fueron un éxito. El Papa volvió a Roma “cansado pero contento”.

¿Y ahora qué?



Las palabras del arzobispo de Río de Janeiro, João Orani Tempesta, antes de la última Misa nos sirven de pauta: "No es una celebración de despedida, sino una celebración de envío".

Sinceramente creo que, a partir de Río de Janeiro, en la Iglesia Católica hay un antes y un después. El Papa nos ha marcado un camino para la Iglesia del siglo XXI. Pero ese camino lo tenemos que recorrer todos y cada uno de nosotros en nuestros respectivos puestos de trabajo.

El Papa ha querido poner a toda la Iglesia en clave de misión. ¿Cómo entiende esta misión? Oigamos sus palabras: "La Misión Continental se proyecta en dos dimensiones: **programática y paradigmática**. La misión programática, como su nombre lo indica, consiste en la realización de actos de índole misionera. La misión paradigmática, en cambio, implica poner en clave misionera la actividad habitual de las Iglesias particulares."

Entiendo que, como misión programática, nos deberíamos reunir en las diócesis con ese rico material del Papa y preparar juntos (Obispo, sacerdotes, religiosos, religiosas y laicos), a la luz del perfil de Iglesia que el Papa nos ha marcado, nuestros "proyectos pastorales" para el próximo curso y para los años posteriores.

Pero el Papa, al hablar de "misión paradigmática", **va mucho más lejos**. Quiere poner en "clave misionera" toda la actividad de la Iglesia. A mi juicio, esto exige poner en marcha algunos instrumentos que, aun suponiendo esfuerzo

sincero y constancia para funcionar, estén de hecho al alcance de todos. Yo me atrevería a señalar algunos.



1.

Una verdadera conversión de los agentes de pastoral.

Cada uno de nosotros, y también la Iglesia como tal, tenemos que hacer humildemente un aprendizaje sanador: el de reconocer nuestros errores. Una transformación de la mente y del corazón. Será necesario reformular muchos principios, corregir bastantes ideas obsoletas y aceptar que necesitamos volver a formarnos, a reformarnos, en multitud de aspectos. Pero, sobre todo, necesitamos redescubrir la grandeza de nuestra vocación desde el seno de nuestras madres (Jer. 1,5) con vistas a la misión. No nacimos y se nos encomendó una misión sino que, porque había una misión que hacer, Dios nos trajo a la existencia.

Los cristianos, comenzando por los Obispos, debemos a la misión el sentido de nuestra propia vida, con todo lo que somos y tenemos. Aquello que constituye nuestra misión en la vida es más importante que la vida misma.

Por lo que podemos ver en todo el Nuevo Testamento, Jesús ha sido quien primero siguió esta misma orientación y la hizo realidad. Hay en el evangelio de Juan una especie de estribillo que, a manera de cantinela, se va repitiendo. Jesús es el enviado del Padre (cfr. Jn, 3,17; 5,36; 7,29).

Ante esa, que era su misión, no cuenta el comer (cfr. Jn.4, 34), ni el dormir (cfr. Mc. 1,32-38), y tampoco el lugar donde vivir (cfr. Lc.9,58). También hay una pincelada de Lucas muy significativa después del rechazo de Jesús en

Nazaret: "Pero El, abriéndose paso por medio de ellos, seguía su camino" (Lc.4,20).

En el evangelio de Juan hay unos episodios muy esclarecedores a propósito de la misión. Uno de ellos tiene lugar en el Templo. Jesús no puede consentir que la casa de su Padre se convierta en un mercado; y por eso, arroja del Templo a los vendedores. Hace suyo lo que dice el salmo 69, "el celo de tu casa me devora" (cfr. Jn.2, 17). Jesús es comido, devorado, por las exigencias del Reino, es decir, de la misión.

En otra ocasión, Jesús prevee su pasión y muerte y humanamente desea que su Padre le libre de la muerte. Entonces cae en la cuenta de su misión y rechaza la tentación. "Ahora mi alma está turbada ¿qué voy a decir? Padre, ¿sálvame de esta hora? **¡Pero si para eso he venido!...**" (Jn.12, 27)

Al final, tomará en sus manos el libro de su existencia y dirá: ¡Misión cumplida! Y se abandonará en los brazos del Padre. ¡Qué gozo poder morir así, después de haber cumplido en la vida con la misión que el Padre nos ha encomendado a cada uno! En esta nueva visión que nos señala el Papa, la labor apostólica hipoteca totalmente la vida de aquel a quien Dios ha elegido para la misión. No olvidemos que el sacerdocio del Nuevo Testamento, como el de Jesús, no es "cultural sino existencial". (Ro. 12,1). No somos sacerdotes por oficio, con horas exactas de oficina; sino por vocación, con una entrega total y desinteresada al servicio de nuestros hermanos.

2. Entrenar el oído y aprender a escuchar de verdad.

Atención a la Palabra de Dios, con “oído espabilado” (cfr. Is 50,4). Hay que saber descubrir la novedad del evangelio para nosotros “hoy”. No se trata de saber de memoria los textos bíblicos sino “interiorizar, gustar, saborear, las cosas sabidas” por la fuerza del Espíritu. El Papa Francisco es un magnífico ejemplo. En sus labios, el evangelio siempre suena a “nuevo”. En la homilía del 19-4-13, decía:” «Oremos hoy al Señor por la Iglesia: para que el Señor la libre de cualquier interpretación ideológica y abra el corazón de la Iglesia, de nuestra madre Iglesia, al Evangelio sencillo, a aquel Evangelio puro que nos habla de amor, que lleva al amor, y es ¡tan bello!



3.

Aprovechar todas las circunstancias para abrir el corazón de las personas al Reino de Dios.

Para conseguir tal objetivo, será necesario dar los pasos convenientes. Todo nos conducirá a tener una concepción nueva de las instituciones pastorales en las Iglesias particulares, y, por tanto, un modo diferente de llevar a cabo sus funciones.

El Papa Francisco sabe que, en la época que nos toca vivir, esto no es fácil. Él sabe que hay muchas personas alejadas, y que no tienen fe. Están en la noche. Pero el Papa nos invita a no tener miedo a la noche. “La luz brilla en las tinieblas y éstas no pueden apagarla” (Jn. 1,5). Habrá momentos en que podamos hablar y dialogar; habrá horas en las que nos toque comprender, respetar y callar... Pero siempre podremos amar. Nos los decía bellamente el Papa Benedicto XVI: “El cristiano sabe cuándo es tiempo de hablar de Dios y cuándo es oportuno callar sobre Él, dejando que hable sólo el amor”. (Deus caritas est 31,c)

4.

Redescubrir el rostro de una Iglesia-Madre.



Decía el Papa Francisco: “Entrar en la Iglesia es entrar en una historia de amor. De ella somos parte.” (Homilía 22.4.13). Y sabiendo que muchos se han alejado de la Iglesia porque tal vez no han encontrado en ella el calor-afectivo que necesitaban, decía:” ¿Somos fieles al Espíritu para anunciar a Jesús con nuestra vida, con nuestro testimonio y con nuestras palabras? Cuando hacemos esto, la Iglesia se convierte en una Iglesia Madre que genera

hijos», hijos de la Iglesia que testimonian a Jesús. «Pero — fue la alerta del Papa— cuando no lo hacemos, la Iglesia no se convierte en madre, sino en Iglesia baby-sitter, que cuida al niño para que duerma. Es una Iglesia amodorrada. Pensemos en nuestro bautismo, en la responsabilidad de nuestro bautismo». (Homilía,17.4.13).

El Papa Francisco reconoce que le debe a la Iglesia lo mejor que tiene: **su fe en Jesús**: “Sin la Iglesia, no habría podido encontrar a Jesús, bien sabiendo que ese inmenso don

de la fe reposa en la frágil vasija de arcilla de nuestra humanidad”. (Carta del Papa Francisco al Director del Periódico La República Dr. Scalfari).

Y permitidme terminar estas sencillas reflexiones que han surgido al calor de la JMJ de Rio de Janeiro en Brasil, con una frase del jesuita brasileño Luis Correa: “El paso del Papa Francisco por la JMJ de Brasil hay que interpretarlo como "un vendaval del bien" ¡Ojalá todos nosotros seamos abatidos, o al menos zarandeados, por ese milagroso vendaval!.



+ Eusebio Hernández Sola, OAR

+ Eusebio Hernández Sola, OAR
Obispo de Tarazona

Tarazona, 4 de octubre de 2013
Fiesta de San Francisco de Asís